



Richard T. Arndt, *The First Resort of Kings: American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington, D. C., Potomac Books, Inc., 2005, 602 pp.

Si el último recurso de los reyes es la guerra, ¿cuál debería ser el primero? Esta pregunta guía el estudio de Richard Arndt sobre la diplomacia cultural de Estados Unidos. La respuesta es inequívoca: el entendimiento mutuo, las relaciones culturales y la cooperación deben ser los primeros recursos de los reyes, ayer y ahora. En *The First Resort of Kings...*, el experimentado diplomático aborda temas que versan sobre el proceso de construcción de la diplomacia cultural estadounidense, tales como el uso de la propaganda, las comunicaciones, la empatía y el entendimiento, en una apuesta por la construcción de lazos diplomáticos duraderos de Estados Unidos con otras naciones.

Con una experiencia de más de treinta años en este campo, Arndt narra con detalle el desarrollo de la diplomacia cultural estadounidense desde principios de siglo pasado hasta nuestros días. Plantea los distintos usos de la diplomacia cultural, a partir de la no oficial, hasta su adopción formal en 1938, como preámbulo para entender las batallas culturales internacionales de los años sesenta, y continúa con los diversos giros y transformaciones en la década de los noventa, que propiciaron el acelerado deterioro de la imagen estadounidense durante el gobierno de George W. Bush.

Debido a los limitados resultados en este campo para Estados Unidos en años recientes, Arndt construye un alegato

que nos remonta a la historia, para demostrar la importancia milenaria que le han dado las grandes civilizaciones y los Estados modernos a las relaciones culturales, pues espera que éstas sean de utilidad para la política cultural exterior de su país en años futuros. A modo de ejemplo, hace un paralelo entre la fortaleza del imperio romano, su capacidad de absorber tradiciones griegas y egipcias en la estabilización europea, así como de consolidar una *pax romana*, como prescripciones para que Estados Unidos pueda mantener una hegemonía cultural en términos más pacíficos en los próximos años.

Por su complejidad, la diplomacia cultural revela conceptos, categorías y teorías que no se han desarrollado con el debido cuidado en el ámbito académico. Es precisamente aquí donde el autor hace una aportación significativa al desarrollar una reflexión de orden teórico sobre el tema, a partir de experiencias personales, de la explicación histórica y del análisis de políticas públicas. Richard T. Arndt se fija la meta de construir una política estable en el campo de la diplomacia cultural más allá de los procesos ordinarios y cambios caprichosos de la burocracia exterior estadounidense, en un intento de reorganizar la diplomacia cultural a nivel estructural en pos de formar auténticos cuerpos diplomáticos que respondan a los retos de la cultura global contemporánea. El autor afirma que “el reclutamiento [de expertos en la diplomacia cultural] no es el problema. Lo que es más importante es la necesidad absoluta de establecer [...] y mantener a través del tiempo el trabajo y las condiciones apropiadas para que los cuerpos diplomáticos de la cultura gobiernen, recibiendo los recursos necesarios para llevar a cabo su trabajo”.*

* “Recruitment is not the problem. What matters more is the absolute need to establish [...] and to maintain over time the appropriate working and governance conditions for a Corps of this kind, while giving the CAOs the resources they need to do their job” (p. 555).

Al escribir un texto que no sólo tiene como finalidad suscitar el debate académico especializado, el doctor Arndt invita al lector interesado a una reflexión directa y clara, para lo cual expone los logros, los fracasos, las debilidades y los retos de la diplomacia cultural estadounidense. Mediante el trabajo de destacadas personalidades, el autor narra la práctica diplomática cultural dividida entre los que él denomina “los culturalistas” y “los informacionistas”. Por un lado, “los culturalistas”, expertos como Sumner Welles, Archibald MacLeish y William Fulbright, fortalecieron la diplomacia cultural a través de la reciprocidad, el diálogo y el intercambio cultural y educativo. Por ejemplo, el senador William Fulbright logró implementar y proyectar los intercambios culturales internacionales; creó el reconocido Programa Fulbright, y estimuló el pensamiento de posguerra para un mejor entendimiento mutuo. Por el otro, “los informacionistas”, que cuentan con personalidades como William Benton y Nelson Rockefeller, anteponían la información unidireccional, propagandística y el interés nacional al cultivo de las relaciones culturales. Arndt sugiere que el constante enfrentamiento entre ambas posturas ideológicas, culturalistas e informacionistas, fue una de las principales causas del deterioro de la estrategia cultural hacia otros países. En este contexto, la diplomacia cultural no sólo se enfrentaba a luchas burocráticas, sino también a las implicaciones de la guerra y a las luchas presupuestales en el Congreso estadounidense. La cultura y la educación no eran vistas como inversión, sino como un gasto que no aportaba nada a la política exterior. Muestra de ello es la crítica continua al sistema de bibliotecas Benjamín Franklin que a la postre lo convertiría en una estrategia minimalista. El caso de México deja ver ciertas semejanzas con su país vecino, especialmente por las luchas burocráticas y la falta de formación educativa en el tema, lo que ha impedido posicionar a la cultura como la herramienta principal para el desarrollo integral del mismo.

Richard Arndt nos recuerda que al mismo tiempo que Estados Unidos enviaba diplomáticos de una selectiva elite educada —figuras literarias, intelectuales, historiadores del arte— se comenzaba a diseñar mecanismos para fortalecer la cultura internacional estadounidense. Poner en funcionamiento bibliotecas en cada embajada de Estados Unidos fue un gran logro, como también lo fue el comenzar a establecer distinciones entre las relaciones culturales y la información unilateral; entre la diplomacia cultural y la guerra psicológica y la propaganda, o entre el comercio privado y la función pública.

El autor también se da el permiso de detallar vivencias personales a manera de memorias, y describe tanto datos anecdóticos como episodios biográficos, sus preferencias artísticas y regionales, al igual que ilustraciones mundanas ad hoc, lo que permite entender la mentalidad de los operadores culturales con los que trabajó de forma directa. Entre éstas, relata las implicaciones de la guerra en personas cercanas a él; celebra programas educativos; habla de veteranos escépticos en el campo de la diplomacia cultural, y apoya el fomento a las bibliotecas y la arquitectura. También, destaca las funciones de la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA, por sus siglas en inglés); subraya la expansión del “sueño americano” por medio de la transmisión de información unilateral y propagandística, y se lamenta de que la cultura no sea utilizada de forma más recurrente como instrumento de diálogo y reciprocidad en la política exterior de su país.

En suma, el libro plantea la importancia de la diplomacia cultural, su naturaleza y su carácter indispensable en el presente y el futuro de las relaciones de Estados Unidos con el mundo. En sus 24 capítulos consigue explicar no sólo los logros, sino también los intentos fallidos de la diplomacia cultural estadounidense.

Paulina Garza Rocha